

Inmersión en Japón con el programa JUNTOS



Por Andrea Alas, periodista y docente universitaria

Los recuerdos más valiosos que tengo de Japón son las tardes frías en Tokio, el silencio de Kitakyushu y las vistas del imponente océano Pacífico bañando las costas de Fukuoka. En mi país, El Salvador, también tenemos costa Pacífica, por lo que el mar era el símbolo que me unía con mi hogar mientras estaba en Japón.

Visité el país nipón en febrero de 2024, como parte del programa JUNTOS de la embajada del Japón en El Salvador. Soy periodista y trabajo en «Diario El Salvador», un medio de comunicación que fue invitado a participar en este programa para realizar visitas a diferentes lugares del país asiático.

Cuando aterricé en el aeropuerto de Narita me encontré con un clima muy frío que rondaba 1 °C. Impactante para alguien que vive en el trópico. Ese día conocí a mis colegas y profesionales latinoamericanos que también participaban en el programa JUNTOS. Desde el inicio nos acuerpamos al sentir que estábamos tan lejos de nuestras casas.

Los primeros días estuvimos en Tokio, donde nos presentaron las actividades del programa JUNTOS, empezamos a conocer la comida japonesa como el sushi, el ramen y las gyozas. El ramen fue mi favorito y cumplí uno de mis sueños que era comer sushi en Japón.



Al siguiente día conocimos el Ministerio de Asuntos Exteriores y nos reunimos con el ministro y su equipo de trabajo. Él quería escuchar a los visitantes lejanos y conocer sobre sus profesiones y sus naciones. Yo inicié mi intervención diciendo que había viajado 12,500 kilómetros desde mi casa para estar ahí ese día, y fue algo que él recordó ya que lo mencionó con admiración al brindar su intervención final.



Al siguiente día viajamos a la prefectura de Fukuoka, donde conocí cómo viven los japoneses fuera de la ajetreada ciudad de Tokio. Pude ver las casas tradicionales construidas frente a ríos totalmente en calma y comí sentada directamente en el suelo, dejando los zapatos afuera en un pasillo. En ese momento algunos recuerdos de películas japonesas se desbloquearon en mi mente.

En la ciudad de Kitakyushu conocí el modelo de prevención y gestión de desastres naturales que han desarrollado. Esta ciudad fue afectada por muchos eventos naturales como erupciones volcánicas y sismos. La posición geográfica del país nipón ha provocado que sea afectado por tsunamis, erupciones, tifones, entre otros. Esto ha generado que los habitantes tengan clara una filosofía de vida: no pueden controlar el entorno, pero sí pueden controlar las reacciones ante aquello que no pueden controlar.

Este fue uno de mis principales aprendizajes en Kitakyushu, que también es llamada la ciudad modelo de la ecología porque tienen un moderno sistema de reciclaje y reúso de elementos. En esta ciudad conocimos el museo de la ecología donde cuentan con material educativo para conocer la historia.

Luego viajamos a Fukuoka, donde mis compañeros cumplieron su sueño de bailar una bachata en Fukuoka (la canción de Juan Luis Guerra). Ahí conocimos lugares tradicionales y museos donde recibimos charlas sobre el proceso de reducción de emisión de gases en el que avanza Japón. Además, aprendí que el Gobierno del Japón incrementa la cooperación para ayudar a descarbonizar algunos países de Latinoamérica en el marco del abordaje del cambio climático.



El programa JUNTOS reúne a profesionales de diversas especialidades provenientes de los países centroamericanos y del Caribe. Además del intercambio cultural permite el aprendizaje de los proyectos sociales, políticos y económicos que implementa Japón con Latinoamérica, con los cuales son beneficiados los habitantes de estos países.

Durante las noches mis compañeros y yo podíamos salir y conocer las ciudades, ir a las tiendas y comprar recuerdos. Aprendimos a usar el metro de Tokio, conocimos sus principales estaciones y fue el principal medio de transporte que usábamos en estas excursiones que me hacían sentir en la película «Lost in Translation» de Sofía Coppola.



De esta manera conocí los templos de Asakusa, la moderna Shibuya y la ciudad del anime: Akihabara, donde hay tiendas de cosplay, de figuras de acción, de juegos vintage y retro, y cafeterías temáticas. Definitivamente es el lugar ideal para los amantes de la cultura otaku. También visité Nintendo Tokio y «Skytree», la torre más alta de la ciudad con 634 metros.

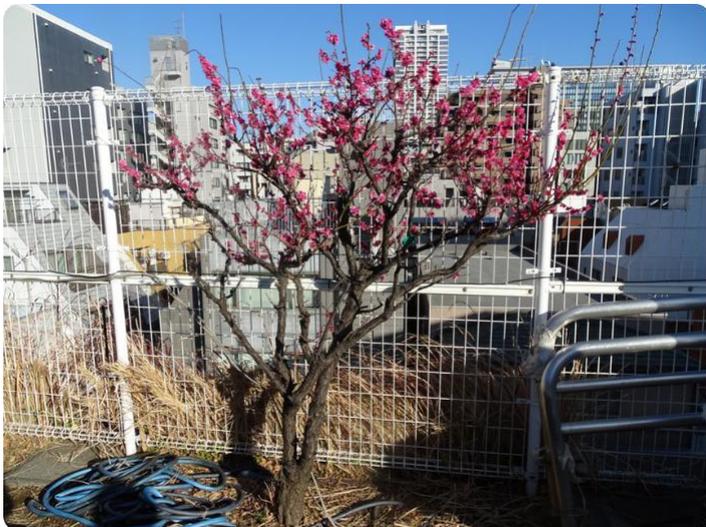


En el metro de Tokio conocí muchos rasgos de la cultura japonesa. Aprendí que son personas muy educadas y silenciosas, algo que contrastaba con los latinos quienes nos caracterizamos por ser más ruidosos, reírnos a carcajadas y bromear mucho. También conocí que algunos valores que funcionan como pilares en Japón son el respeto, la puntualidad, el interés de ayudar a los demás y la convivencia pacífica.

Otra de las visitas que más me impactó fue cuando viajamos a la ciudad de Nagasaki, donde Estados Unidos lanzó una bomba atómica en agosto de 1945. En la zona cero se conserva un parque memorial de las víctimas y en el museo se encuentran restos de las paredes de la infraestructura destruida y fotografías de las personas quemadas por la radiación. En el museo también hay una réplica de «Fat Man», el dispositivo nuclear detonado por el país norteamericano después de la prueba «Trinity» y de «Little Boy».



Los últimos días del viaje estuve en Tokio, donde conocí los jardines del Palacio Imperial, algunos templos del sintoísmo, la religión autóctona de Japón que se basa en la veneración de deidades o espíritus sobrenaturales que existen en toda la naturaleza. De ahí proviene el respeto por todo lo que les rodea: la naturaleza, los animales, la ciudad. De todos los días que estuve ahí, nunca vi una sola basura en la calle o en las aceras.



Al regresar a El Salvador me propuse practicar muchos aspectos de la cultura japonesa como el respeto, la educación y el aprecio por la limpieza y el orden. Sin embargo, en mis recuerdos, siempre buscaré regresar a las tardes frías de Tokio.